

# **Nuevos datos para una biografía del judío converso Luis de Torres, intérprete oficial en la primera expedición colombina**

Juan Bta. VILAR

## *Planteamiento*

La identidad de los acompañantes de Colón en el viaje del Descubrimiento ha podido ser establecida en considerable medida, sobre todo a partir de los trabajos de la investigadora norteamericana A.B. Gould Quincy<sup>1</sup>. Sin embargo de la mayoría de los protagonistas de tan memorable singladura, en el mejor de los casos, se conoce el nombre y poco más. Estas páginas pretenden contribuir a la construcción de la biografía, por el momento inexistente, de una de las individualidades más enigmáticas y atrayentes de la gesta descubridora: Luis de Torres, intérprete oficial de la expedición.

## *Un judío, secretario del adelantado del reino de Murcia, en la empresa de Colón*

La en otro tiempo floreciente comunidad israelita murciana había quedado semi-despoblada al término de las agitaciones antisemitas desatadas a escala peninsular

1. "Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492". *Boletín de la Real Academia de la Historia*, [abreviamos BRAH], XC (1927), p. 548 (en la misma se menciona a Luis de Torres como "judío"). Existe reedición, Madrid, 1984.

en 1391. Un lento reagrupamiento posterior no lograría restablecer por entero la pujanza y pasado esplendor de la aljama.

Durante el siglo XV coexistió en Murcia una *kehilá* judía residual y un pujante colectivo judeoconverso de reciente implantación, que terminaría siendo dominado en considerable medida por ricos mercaderes, algunos de origen portugués, que hacían la ruta de la seda entre Murcia y Toledo, y entre esta ciudad y Lisboa, tráfico que alcanzaría luego máxima pujanza en el primero de los tramos apuntados tras la expulsión de los judíos lusitanos en 1496. Con judíos públicos y con conversos se relacionaría Colón en la primavera de 1488 con ocasión de su estancia de varias semanas en Murcia, asiento a la sazón de la transhumante Corte castellana y cuartel general de la ofensiva desplegada por Castilla sobre la banda oriental del declinante sultanato granadino. Entre los judíos, sin duda tuvo trato con Salomón Zalman, empresario amigo de novedades, y como tal, uno de los dos socios capitalistas de maestro Alfonso Fernández, valenciano introductor de la imprenta en la urbe murciana en 1482. Colón trató a su vez a Luis de Torres, un converso que hacía las funciones de trujamán o secretario -intérprete de cartas árabes- de don Juan Chacón, adelantado y primer gran señor del reino murciano<sup>2</sup>.

En una empresa plagada de incógnitas, Luis de Torres, acompañante de Colón en su primer viaje, es uno de los personajes más misteriosos. De sus antecedentes personales<sup>3</sup> sólo se sabe que era judío converso protegido de la ilustre casa de los Fajardo, primera entre la nobleza murciana y que secularmente venía desempeñando el adelantamiento del reino de Murcia, dignidad que a la sazón recaía en un soldado de fortuna, y al propio tiempo cultivado hombre de letras, Juan Chacón, conde de Cartagena, yerno del anterior adelantado Pedro Fajardo, y a su vez padre de Pedro Fajardo y Chacón, primer marqués de los Vélez.

2. J.B. Vilar. "Noticia sobre el converso Luis de Torres, acompañante de Colón en el viaje del Descubrimiento e intérprete oficial de la expedición". *Sefarad*, LIV, fasc. 2 (1994), pp. 407-411. Véase también J.B. Vilar. *Los murcianos y América*. Prólogo de M. Hernández Sánchez-Barba. Madrid, 1992, pp. 87-107.

3. Dos primeras aproximaciones a este personaje en J. Espín Rael. "Del corregimiento de Mosén Juan Cabrero en las ciudades de Murcia y Lorca, y de la estada probable de Cristobal Colón en la ciudad de Murcia". *La Verdad*, 23 (mayo 1953), y J.E. Ruiz Alemán. "Murcia en los precedentes del descubrimiento de América". *Murcia*, 1<sup>er</sup>. Trim. (1977), s.p. Sobre la estancia de Colón en Murcia, no probable como intuyera Espín, sino cierta y documentalmente demostrada, véase: Hernando Colón. *Vida del Almirante Don Cristobal Colón*, escrita por su hijo (...). Edición, prólogo y notas de R. Iglesia. México, 1947, pp. 36-37 (hay edición posterior de L. Arranz. Madrid, 1984); Fray Bartolomé de las Casas. *Historia de las Indias*. Madrid, 1957, cap. XVIII, p. 49; Cristobal Colón. *Textos y documentos completos*. Edición de C. Varela. Madrid, 1984. Datos de interés, a su vez, en Antonio Ballesteros Baretta. *Cristobal Colón y el descubrimiento de América*. Barcelona-Buenos Aires, 1945, pp. 471-472; Vilar. *Los murcianos...*, pp. 87-107.

Torres, que por sus vastos conocimientos lingüísticos -conocía el hebrero, caldeo y en parte el árabe, además del castellano y probablemente el latín y algo de griego- no debía de ser extraño a la curiosidad intelectual y afanes literarios del refinado adelantado, servía a éste como trujamán o secretario-intérprete, estando adscrito como tal a la casa de Chacón, de quien recibía salario y a quien los servicios del converso resultaron especialmente útiles durante la ofensiva contra Granada, en la que aquél tuvo notable intervención. Entre sus predecesores en el cargo -por cierto desempeñado a menudo por hebreos -había destacado el también judío Gabriel Israel, trujamán del suegro de Chacón. Sin duda, Torres mantenía conexiones con sus antiguos correligionarios, que en Murcia subsistieron como *kehilá* organizada y con barrio y cementerio propios hasta 1492 (en el actual sector de Sardoy-Trinidad), relacionándose a su vez con los ambientes literarios de la Murcia del momento, que encabezase el erudito canónigo Diego Rodríguez de Almela, y en el que era parte importante el también humanista mosén Juan Cabrero en los años en que tuvo a su cargo el correjimiento murciano.

Resulta lógico que Colón, que conoció a Cabrero durante su estancia en la urbe murciana en la primavera de 1488, y con quien anudó relación perdurable que luego resultaría fundamental en la decisión final por parte de los monarcas de prestar su apoyo a los proyectos del genovés, tratase también a Torres -¿le conocía ya con anterioridad?-. De Torres se acordó en el momento de completar tripulaciones de su primera singladura a Cathay con diferentes maestros de oficios particulares -físicos, cirujanos y boticarios, artilleros, herreros y toneleros, sastres, zapateros, carpinteros, calafates y despenseros, etc.-, aparte de los cargos de responsabilidad en la Armada nombrados directamente por la Corona -los tres pilotos y los tres alguaciles, el escribano y el veedor, etc.-, como también otros de asesoramiento técnico a su vez de designación real, aunque sugeridos por el almirante. Entre ellos, en lugar emergente, el de intérprete-traductor.

Torres fue el elegido para tal menester tanto por sus conocimientos de lenguas orientales como por su posible identificación con el pensamiento y proyectos de Colón. Accedió en el acto a incorporarse a la modesta armada reunida en Palos de Moguer.

Me pregunto si en esa designación tuvo que ver el origen étnico del candidato, cosa harto probable en el caso de que el almirante, al margen del lugar de su nacimiento -que hoy parece apuntar de forma incuestionable a la ciudad de Génova- fuese de origen hebreo. V. Schnitzer en su conocido libro subrayará:

A mí me da la sensación de que Colón era como un judío con papeles falsos en los tiempos nazis. Por eso hay 30 pueblos italianos que aseguran que Colón nació allí. En los barcos que marchan a las Indias no va ningún sacerdote. Un tercio de toda la expedición eran judíos. El traductor que lleva en su viaje es el traductor al hebreo del gobernador de

Murcia. Y, en sus diarios, Colón nombra el templo destruido de Jerusalén como la *casa segunda*, una terminología estrictamente judía.

Si la tesis de los antecedentes hebraicos del almirante, sea cual fuere el lugar de su nacimiento, en modo alguno parece descaminada y, de hecho, caso de resultar cierta, explicaría satisfactoriamente no pocos de los enigmas que rodean su nebulosa personalidad, a mi juicio no puede decirse lo mismo de otra tesis bastante más cuestionable: la que presenta el primer viaje colombino poco menos que como una expedición de judíos fugitivos a la búsqueda de las diez tribus perdidas de Israel, que en efecto se suponían en algún ignorado paraje de Asia, expedición que llevaba un intérprete en las lenguas bíblicas pero curiosamente ningún misionero cristiano, como si la evangelización no estuviera prevista en el programa. Jacques de Mathieu<sup>4</sup> llega más lejos al identificar al murciano Luis de Torres como auténtico jefe de la expedición en su secreto papel de rabino o conductor religioso de la misma.

Pero dejemos a un lado la raigambre racial del descubridor y de varios de sus compañeros, apasionante asunto del que últimamente se ha ocupado Sarah Leibovici en un sugerente y revelador libro<sup>5</sup>, al que remito al lector interesado, para retomar aquí el hilo de la intervención de Torres en la magna gesta colombina. El judío de Murcia, fue llamado por resultar necesarios sus servicios como traductor e intérprete, tareas en las que ya había demostrado incuestionable pericia profesional en las precedentes campañas granadinas, en alguna de las cuales es harto probable que coincidiera con el proyectista genovés, de forma que ambos no se conocieran en Murcia, sino que coincidieron aquí por segunda vez.

Sea como fuere, Colón requería los servicios de un intérprete para hacerse entender una vez alcanzado su destino en Asia. Téngase presente la imprecisa idea que el navegante tenía de los vastos imperios con los que deseaba conectar -Cathay, Cipango, la India-, de los que en Occidente, aparte relatos aislados como el de Marco Polo, que dicho sea de paso injustamente merecía escasa credibilidad a los lectores de finales del siglo XV, no se poseían otras noticias reales que las facilitadas por los árabes, cuya lengua era, sin duda, la más internacional fuera del ámbito europeo, y de la que el murciano poseía un aceptable nivel de conocimientos, aparte de la utilidad del dominio por éste del hebreo y caldeo, dado que por entonces la diáspora judía cubría el mundo conocido. Desde los países atlánticos de Europa y el Mágreb a los confines del mundo eslavo, Persia, Etiopía, los dominios del conocido impropriadamente como

4. *L'imposture de Christophe Colomb. La géographie secrète de l'Amérique*. París, 1979, p. 69.

5. *Christophe Colomb, Juifs. Défense et Illustrations*. París. 1986 (véase en particular cap. III: "Qui était Christophe Colomb?", pp. 27-48). Otra novedosa lectura de la cuestión de referencia en E. Kenig. "Cristóbal Colón, descubridor mesiánico y compilador de profecías". *Sefarad*, LIII, 2 (1993), pp. 361-369.

soldán de Babilonia -en realidad el sultán turco seljúcida de Egipto-, y de los príncipes de la India y el sureste asiático, países sometidos a su vez a la intensa penetración comercial y cultural de los árabes.

Lo cierto es que Luis de Torres se presentó al almirante, recibió comisión de éste y se incorporó a la expedición, embarcándose en la nao “Gallega”, rebautizada como “Santa María” -nombre este por cierto de profundas resonancias judeoconversas y que Colón evitará mencionar en sus diarios-, más improbablemente en la carabela “Niña”, pero en ningún caso en la “Pinta”, dato este establecido por Gould Quincy en su estudio *Nueva lista documentada de los tripulantes de Colón en 1492*<sup>6</sup>. El trujamán de Murcia no llegaba solo; le acompañaba otro murciano, el pintor Diego Pérez, a quien Colón debió de enrollar gustoso pensando que podría servirle como dibujante de portulanos y cartas náuticas, dado que la expedición no contaba con otro cartógrafo que el piloto y cosmógrafo Juan de la Cosa, propietario y maestre de la nao “Santa María”.

Pérez, nacido probablemente en la ciudad de Murcia, era vecino de esta por los años de 1480. La primera referencia documentada sobre el pintor se fecha en 30 de octubre de 1479 en relación con cierto encargo en la iglesia de San Lázaro de la villa de Alhama de Murcia. Convertido luego en cotizado pintor, en 31 de julio de 1487 el concejo murciano le incluyó entre los 20 profesionales altamente cualificados excusados de todo tributo real y concejil por privilegio de Juan I de Castilla a la ciudad de Murcia<sup>7</sup>. Los encargos se multiplicaron con ocasión de la estancia de los Reyes Católicos, y de la Corte, Consejos y Chancillería, en la urbe del Segura entre 26 de abril y 27 de julio del 88. En pos de ellos, entre otros agentes, gestores y solicitantes, llegó Cristóbal Colón, en cuyas relaciones locales pronto debió de figurar el pintor Diego Pérez, sin duda conectado a su vez al trujamán Torres, y ambos enrolados por el genovés en su primer viaje, no sin obtener previamente autorización del adelantado en el caso de Torres, y en el de Pérez, del concejo murciano, que acordó además respetar al pintor su salario, franquicias y privilegios en tanto estuviera ausentado en razón del Real servicio.

Habiendo zarpado la expedición en 3 de agosto de 1493, Pérez ya no volvería a ser mencionado en los registros y asientos colombinos<sup>8</sup>, sin duda por haberse mante

6. BRAH, LXXXV (1924), p. 150.

7. Sobre Pérez, véase: C. Torres Suárez. “El murciano maestre Diego Pérez, primer pintor europeo en América (1479-1492)”. *Murgetana*, 66 (1984), pp. 53-56. Referencias puntuales, a su vez, en J.C. López Jiménez. “Arte e historia hispanoamericanas en Murcia”. *Idealidad*, VIII, 53 (1961), pp. 17-18; Gould Quincy. “Nueva lista documentada...”, *op. cit.*; Vilar. *Los murcianos y América... op.cit.*, pp. 119-123.

8. Cristobal Colón. *Diario de a bordo*. Edición de L. Arranz. Madrid. 1985. Véase también Colón. *Diario del descubrimiento*. Estudio, edición y notas de M. Alvar. Las Palmas. 1976, 2 vols. Del mismo autor:

nido al margen de los tormentosos sucesos de la singladura de ida, de igual forma que lo hiciera, según veremos, su paisano Luis de Torres. Ya en Indias, una escueta alusión del almirante en su *Diario* a cierto maestro Diego, que le acompañaba en la “Santa María”, encomendándole la obtención, en un bosquecillo litoral, de almáciga o resina aromática, útil como pegamento y para calafatear los buques, misión que desempeñó a plena satisfacción, parece apuntar al pintor, que quedó luego en La Española con comisión para levantar la cartografía del país, pereciendo allí en 1493 con sus restantes compañeros.

En cuanto a Torres, tampoco inserta Colón noticia alguna sobre el mismo en su *Diario* con referencia al viaje de ida. Sin duda porque el converso era uno de sus incondicionales, que en ningún momento se mezcló en las disidencias y conatos de motín que se dieron durante la penosa singladura. De otro lado, el murciano carecía de puesto de responsabilidad en el gobierno de los buques. Sus funciones se iniciarían una vez llegados al previsto destino.

Precisamente en el asiento del *Diario* correspondiente al día 2 de diciembre se le menciona por vez primera, cuando Colón estima llegado el momento de recurrir a sus servicios. Dos semanas después de ver la primera tierra y de desembarcar en ella y tomar posesión de aquellos parajes en el nombre de la Corona de Castilla y de sus soberanos, habiendo proseguido viaje y visitado varias pequeñas islas, avistó al fin una costa de mayor entidad, que le pareció debía de ser el buscado continente. El objetivo de la expedición parecía alcanzado. Su *Diario*<sup>9</sup> reza así:

Acordó el Almirante enviar dos hombres españoles: el uno se llamaba Rodrigo de Xerez, que vivía en Ayamonte, y el otro era Luis de Torres, que había vivido con el Adelantado de Murcia y había sido judío, y sabía dice que hebraico, caldeo, y aún algo [de] arábigo; y con éstos envió dos indios: uno de los que consigo traía de Guanahani, y el otro de aquellas casas que en el río estaban pobladas. Dióles sartas de cuentas para comprar de comer si les faltaba, y seis días de término para que volviesen. Dióles muestras de especiería para ver si alguna de ellas topasen. Dióles instrucción de cómo habían de preguntar por el rey de aquella tierra y lo que le habían de hablar de parte de los Reyes de Castilla, cómo enviaban al Almirante para que les diese de su parte sus cartas y un presente y para saber de su estado y cobrar amistad con él, y favorecerle en lo que hubiese de ellos menester, etc., y que supiesen de ciertas provincias y puertos de que el Almirante tenía noticia y cuanto distaban de allí, etc.

Colón, *Libro de la Primera Navegación*. Ed. facsímil, introducción, estudio, transcripción y notas de M. Alvar. Madrid, 1984, 2 vols.

9. Colón. *Diario de a bordo...*, pp. 113-114.

Por su parte, fray Bartolomé de Las Casas nos transmite el suceso con escasas variantes respecto al texto colombino, que transcribe casi literalmente. El dominico<sup>10</sup> nos refiere:

Con esta opinión que tenía [Colón] de que aquella era tierra firme y reino del Gran Khan o confine dellos, para tener alguna noticia y haber lengua dello, acordó enviar dos hombres españoles, el uno que se llamaba Rodrigo de Xeres, que vivía en Ayamonte, y el otro era un Luis de Torres, que había vivido con el adelantado de Murcia y había sido judío y sabía hebreo y caldeo, y aun diz que árabe.

El experto colombino J. Manzano<sup>11</sup> estima como muy probable que Torres y su compañero -que acaso hablase también lenguas- llevaran consigo la célebre epístola de los Reyes Católicos, fechada en Granada el 30 de abril de 1492, dirigida a un “Serrenissimo Principi amico nostro carissimo”, en la que como soberanos de Castilla y de León, de Aragón y Sicilia, etc., le saludaban y deseaban prosperidad y toda suerte de felices sucesos, al tiempo que le ofrecían amistad y alianza, así como colaboración e intercambios en beneficio de sus respectivos pueblos, presentándole como su representante y plenipotenciario al almirante don Cristóbal Colón, portavoz de sus buenos deseos y portador de un digno obsequio. Llegado el momento, se debería rellenar el espacio en blanco dejado a continuación del encabezamiento con el nombre del monarca del país de recepción.

Obviamente éste no fue hallado, como tampoco indicios ciertos de su paradero o existencia, por lo que ambos españoles, que se habían puesto en marcha el viernes 2 de noviembre, dieron la vuelta desesperanzados, sin necesidad de consumir el plazo convenido, presentándose ante el almirante en la noche del lunes al martes siguiente, después de haber explorado la comarca doce leguas en derredor.

Volvían decepcionados y mohíños, pues en lugar de las magníficas ciudades de Oriente y los suntuosos palacios del Gran Khan, sólo habían encontrado insignificantes aldeas y miserables cabañas, cuyos pobladores no iban vestidos de oro, plata y lujosas sedas, como se pensaba en Europa, sino que, según refiere Colón, iban “todos desnudos como su madre los parió”. Eran estas gentes taínos del grupo étnico arawak, sedentarios pero de cultura poco evolucionada y cuya alimentación fundamental consistía en pescado y tubérculos como el conuco, bastante similar a la batata. Su aspecto físico era robusto y agradable, y su talante pacífico, aptos “para mandarles y les hacer trabajar, sembrar y [...] lo otro que les fuere menester”.

10. Las Casas. *Historia de las Indias...*, *op. cit.*

11. Juan Manzano. *Cristobal Colón. Siete años decisivos en su vida. 1485-1492*. Madrid, 1964, pp. 311 y 393.

Colón, por su parte, no fue más afortunado. Exploró el estuario del río en el que se hallaba, tan vasto y anchuroso que semejaba un lago, hasta encontrar un lugar a propósito para sacar las naves a tierra, carenarlas y limpiarlas. Como a dos leguas de la desembocadura, encontró un montículo desde el cual nada vio de particular, salvo un frondosísimo y aromático bosque que cubría cuanto alcanzaba a divisar. En el *Diario* anotará:

[...] era tan hermoso lo que veía que no podía cansar los ojos de ver tanta lindeza y los cantos de las aves y pajaritos. [Y añade:] Vinieron en aquel día [sábado, 3 de noviembre] muchas almadías o canoas a los navíos a rescatar cosas de algodón hilado y redes en que dormían, que son hamacas.

Tales eran los productos que ofrecían los aborígenes en sus intercambios, amén de alimentos frescos. Pero nada de oro, plata o canela. Y ni remota noticia del Gran Khan. Se encontraban en realidad en la isla de Santo Domingo, llamada por Colón La Española.

*Luis de Torres en el primer poblamiento europeo del Nuevo Mundo*

Torres no vuelve a ser mencionado en el *Diario* colombino, ni siquiera cuando en el asiento correspondiente al martes 1 de enero de 1493 el almirante le incluye entre los 39 españoles seleccionados para permanecer en el fuerte de Navidad, construido con los restos de la nao capitana “Santa María”, encallada el 25 de diciembre en La Española, en el sector haitiano de la isla, fuerte que debía servir de refugio y base de operaciones en tanto el almirante marchaba a España a dar noticia del descubrimiento y regresaba con refuerzos. La inclusión de Torres, y también de Diego Pérez, el otro murciano conocido de la expedición, entre los pobladores de la naciente colonia, primera localidad europea del Nuevo Mundo, está probada por el definitivo estudio realizado por A.B. Goud<sup>12</sup> sobre los tripulantes y protagonistas de la magna epopeya colombina. La investigadora mencionada encuentra lógico, por lo demás, que entre los seleccionados figure Torres, presumiblemente -acaso con Jerez, que también permaneció en la isla- único intérprete de la expedición.

Veamos noticia del suceso en palabras del propio Colón<sup>13</sup>:

Dejó [el almirante] en aquella isla Española, que los indios diz que llamaban Bohío, treinta y nueve hombres con la fortaleza, y diz que muchos amigos de aquel rey Guacana-

12. “Nueva lista documentada...”, *op. cit.*, LXXXV (1924), p. 47.

13. Colón. *Diario de a bordo...*, pp. 177-178.



gari, e sobre aquellos por sus tenientes a Diego de Arana, natural de Córdoba, y a Pedro Gutiérrez, repostero de estrado del Rey, criado del despensero mayor, e a Rodrigo de Escobedo, natural de Segovia, sobrino de Fr. Rodrigo Pérez, con todos sus poderes que de los Reyes tenía. Dejóles todas las mercaderías que los Reyes mandaron comprar para los resgates, que eran muchas, para que las trocasen y resgatasen por oro, con todo lo que traía la nao. Dejóles también pan, bizcocho para un año y vino y mucha artillería, y la barca de la nao para que ellos, como marineros que eran los más, fuesen cuando vieses que convenía, a descubrir la mina de oro [de que le habían dado noticia los indígenas de la región], porque a la vuelta que volviese el Almirante hallase mucho oro; y lugar donde se asentase una villa, porque aquel no era puerto a su voluntad, mayormente que el oro que allí traían venía diz que del Leste, y cuanto más fuesen al Leste tanto estaban cercanos de España. Dejóles también simientes para sembrar, y sus oficiales, escribano y alguacil, y un carpintero de naos y calafate y un buen lombardero, que sabe bien de ingenios, y un tonelero y un físico y un sastre, y todos diz que hombres de la mar.

Hecho esto, se dio a la vela en la “Niña”. La “Pinta” había zarpado previamente, y sin autorización de Colón, por desacuerdo con éste de su capitán Martín Alonso Pinzón, de quien se había distanciado desde la pérdida de la “Santa María”, que el marino de Palos de Moguer atribuía a un descuido del almirante, con quien discrepaba a su vez en el asunto del fuerte de Navidad por parecerle idea descabellada. Los acontecimientos vendrían a probar que no le faltaba razón.

Antes de partir, Colón recomendó a los españoles disciplina y buen gobierno, prudencia en el trato con los indios, y sobre todo que por su propia seguridad permanecieran juntos en torno a sus jefes. En cuanto al cacique local, trató de ganarse su voluntad con deferencias y obsequios, al tiempo que intentaba infundirle respeto para con los españoles que allí quedaban, haciéndole ver en un alarde bélico la potencia del armamento con que contaba la guarnición.

Las Casas, en su edición y glosa del manuscrito original de Colón sobre el primer y tercer viaje<sup>14</sup>, transcribe literalmente y asume el pasaje de referencia, siendo con Herrera el único cronista indiano de primera hora que confirma la cifra de los 39 colonos. En cuanto al comandante del fuerte, capitán Diego de Arana, el más importante de los tres alguaciles de la expedición y con jurisdicción sobre toda la flota, era primo de doña Beatriz, la madre de Hernando Colón. Sus dos lugartenientes resultaban ser también individuos de cierta notoriedad. Pedro Gutiérrez, “repostero de estrado del Rey”, y el segoviano Rodrigo de Escobedo, “escribano de toda la Armada”, y que como a tal le cupo la honra señera de levantar acta del Descubrimiento el 12 de octubre de 1492.

14. Fray Bartolomé de Las Casas. *Obras completas. 14. Diario del primer y tercer viaje de Cristóbal Colón*. Edición de C. Varela. Madrid, 1989, pp. 133-134. Véase también apéndice 3: “Nómina de los pasajeros del primer viaje”, pp. 201-203.

Colón le hace sobrino de fray Rodrigo Pérez, nombre que Las Casas cree mal escrito, debiendo tratarse del franciscano fray Juan Pérez, el confesor real y protector del almirante. Por último, el fuerte construido con la madera del buque inutilizado junto a la desembocadura del río Yaque, quedaba a la vista del poblado. El emplazamiento del fuerte ha sido identificado<sup>15</sup> con la actual bahía del Caracol.

De entre los testimonios de primera hora sobre la fundación del fuerte de Navidad, merecen espigarse los de los cronistas Herrera y Fernández de Oviedo. El primero confirma la cifra dada por Colón en cuanto a los efectivos de la guarnición y aporta algunos datos adicionales sobre los criterios seguidos en su selección:

Eligió para quedar en aquella fortaleza treinta y nueve hombres, los más voluntarios, alegres y de mejor disposición, y fuertes para sufrir los trabajos, que pudo hallar en aquellos que consigo tenía<sup>16</sup>.

En lo demás, se limita a transcribir el texto colombino.

Más interesante y novedoso resulta el pasaje paralelo de Gonzalo Fernández de Oviedo, que bien merece ser transcrito íntegramente<sup>17</sup>:

Viendo el Almirante que aquesta gente era tan doméstica, parecióle que seguramente podría dejar allí algunos cristianos para que en tanto que él volvía a España, aprendiesen la lengua e costumbres desta tierra. E fizo hazer un castillo cuadrado, a manera de palenque, con la madera de la carabela capitana o `Gallega' (que es dicho que tocó al entrar del puerto), e con fajina e tierra, lo mejor que se pudo fabricar, en la costa, a par del puerto e arrecifes del en el arenal. E dió orden el Almirante a treinta e ocho hombres que allí mandó quedar, de lo que habían de hacer en tanto que él llevaba tan prósperas nuevas de su descubrimiento a los Reyes Católicos, e tornaba con muchas mercedes para todos, ofreciéndoles cumplidos galardones a los que así quedaban. Y nombró entre aquellos por capitán a un hidalgo llamado Rodrigo de Arana<sup>18</sup>, natural de Córdoba, e mandóles que le obedciesen como a su persona. Y para si aquel muriese entanto que él volvía, señaló otro, e para después del segundo nombró otro tercero; de forma que nombró dos para después de los días del primero. Y dejó con ellos a un maestre Juan, cirujano, buena persona. E amonestó a todos que no entrasen en la tierra adentro, ni se desacaudillasen, ni dividiesen,

15. C. Varela. "Notas" a Las Casas. *Obras completas.... op.cit.*, p. 176.

16. Antonio de Herrera. *Historia General de los hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*. Publicada por acuerdo de la Academia de la Historia. Madrid, 1934 (5 vols.), vol. II -con notas de A. de Altolaquirre y Duvalé-, p. 116.

17. Gonzalo Fernández de Oviedo. *Historia general y natural de las Indias*. Edición y estudio preliminar de J. Pérez de Tudela Bueso. Madrid, 1959, I, pp. 27-28.

18. Confunde a Diego de Arana con su padre Rodrigo.

ni tomasen mujeres, ni diesen pesadumbre ni enojo alguno a los indios por ningún caso, en cuanto posible les fuese.

#### *Muerte de Torres en el fuerte de Navidad*

Lo que sucedió a continuación es sobradamente conocido. Aconteció justamente lo contrario a lo deseado por Colón, cuyas disposiciones fueron ignoradas. La exigua guarnición, una vez desmandada, se deshizo y dispersó, pereciendo los componentes en su totalidad a manos de los indios. Cuando el 27 de noviembre del año siguiente el almirante, después de un año de ausencia, regresó a aquellos parajes en el curso de su segundo viaje, se encontró con el desolador panorama del fuerte destruido, y asesinados o desaparecidos cuantos hombres había dejado en La Española. Practicadas las oportunas pesquisas para establecer las causas del desastre, éstas apuntaron a los desmanes e imprudencias de la guarnición y a la lógica hostilidad de las tribus isleñas. Antonio de Herrera<sup>19</sup> nos refiere:

Dijeron [los indios] que en partiéndose el Almirante, comenzaron [los españoles] a estar disconformes entre sí, y no obedecer a su superior, porque insolentemente iban a tomar las mujeres y el oro que querían: Y que Pedro Gutiérrez y Escobedo mataron a Jácome, y que aquellos con otros nueve, se habían ido con las mujeres que habían tomado y sus hatos, a la tierra de un Señor que se llamaba Caonabó, que señoreaba las minas, el cual los mató a todos; y que desde algunos días fue Caonabó a la Fortaleza con mucha gente, adonde no había más que el Capitán Diego de Arana y cinco, que quisieron permanecer con él, para guarda de la Fortaleza, a la cual puso fuego de noche; y que huyendo los que en ella estaban a la mar, se ahogaron, y los demás se habían esparcido por la isla: y que el Rey Guacanagari, que había salido a pelear con Caonabó, por defender a los cristianos, había quedado herido, y que aún no estaba sano: todo lo cual concordó con la relación que algunos cristianos trajeron, a los cuales había enviado el Almirante a informarse.

Esta relación de los enviados por Colón, recogida por Pedro Martir de Anglería<sup>20</sup>, en suma decía lo que sigue:

Que en la isla, siendo de maravillosa extensión, había otros reyes más poderosos que él [Guacanagari]: que dos de ellos, reuniendo según su costumbre grandes ejércitos, y alterados por la noticia de la gente extraña, vinieron, y venciendo en el ataque a los españoles, los mataron a todos, quemando las defensas y las casas y cuanto en ellas había; y contó que a él mismo, porque se esforzó en auxiliar a los nuestros, le hirieron con una sae-

19. Herrera. *Historia general...*, II, p. 166.

20. *Décadas del Nuevo Mundo*. Edición de R. Alba. Madrid, 1989, p. 23.

ta, y enseñaba la pierna vendada con una tira de algodón. Y decía que por eso no se había presentado al Almirante, aunque mucho lo deseaba.

La actuación del cacique local cuando menos resultaba ambigua, y en efecto así debió de entenderlo Colón, que interpretaba las evasivas de aquél para comparecer a su presencia como indicio cierto de complicidad en el desastre. *A posteriori* ésta es la tesis que ha prevalecido<sup>21</sup>, no resultando descabellado pensar que los moradores del poblado inmediato al fuerte, del que era jefe Guacanagari, fuesen las primeras víctimas de los amotinados marineros, y que por consiguiente aquél participara en las represalias, con lo cual además evitaba un enfrentamiento con las otras tribus, para luego demorar indefinidamente su comparecencia ante el jefe español fingiendo haber sido herido por defender la exterminada guarnición.

En cuanto a Luis de Torres, nada más se supo de él<sup>22</sup>. Dado que era persona muy leal a Colón, es bastante probable que estuviera entre los cinco que optaron por quedarse con Arana hasta el final, permaneciendo con él en el fuerte. Al ser atacado e incendiado éste por sorpresa, perecería ahogado en el mar con sus restantes compañeros al intentar escapar.

Sino compartido, según parece, por su compatriota el pintor Diego Sánchez. Dos años más tarde -2 junio 1495-, el concejo murciano acordaría asumir ciertos gravámenes fiscales "...por la muger de maestre Diego, pintor, por cuanto la çibdad le fizo franco al dicho maestre Diego de las derramas concejiles e le prometió pagar por él los pechos reales; ella, como quiera que sea viuda, [en] tanto que no se casare, deve gozar de la preminençia de su marido"<sup>23</sup>.

La parquedad de la suma de referencia -16 maravedises-, por la cual reclamó la viuda, parece indicar que ésta se encontraba en situación económica apurada. Pero sobre todo el dato evidencia que maestre Diego Pérez, vecino y pintor de la ciudad de Murcia, como en el caso del intérprete y secretario Luis de Torres, no había marchado a Indias contratado privadamente por el almirante a indicación del propio Torres u otra sugerencia particular, como se ha dicho en alguna ocasión, sino con comisión oficial para servir a la Corona. Por tanto, durante su ausencia fue mantenido en

21. Martín Fernández de Navarrete. *Viajes de Colón*. vol. I de "Obras". Edición y estudio preliminar de C. Seco Serrano. Madrid, 1954, pp. 189-192.

22. Referencias tardías, que interpretan datos coetáneos, consideran a Torres descubridor del tabaco, al tocar la expedición en la isla Juana o Cuba: "...con Cristobal Colón llegaron varios marranos a Cuba [...entre los cuales] Luis de Torres, quien descubrió el tabaco en el Nuevo Mundo". R. Kalina de Pizsk. "Sefárditas en Costa Rica antes y después del siglo XIX". *Maguen*, 43, 2ª época, (abril-junio 1982), p. 37.

23. Archivo Municipal de Murcia, Acta capitular, 2 junio 1495, cfr. Torres Suárez. *op.cit.*, p. 56.

el número de los profesionales excusados con pleno disfrute de cuantos derechos, privilegios y exenciones conllevaba tal distinción.

El reconocimiento pleno de haber fallecido en acto de servicio -y posiblemente este sea un indicio cierto de que estuvo entre los cinco que permanecieron hasta el final con el capitán Diego de Arana, muriendo con él en la evacuación del fuerte de Navidad- llegó seis años más tarde. Una Real cédula de 21 de septiembre de 1501 dispuso el abono a los herederos del pintor de los emolumentos íntegros que le correspondían por sus servicios a la Corona en la primera flota de Indias y luego en el Nuevo Mundo, entre la fecha de su contratación y el momento de su muerte, retribución que alcanzaba la estimable suma de 10.850 maravedises, de los cuales el interesado solamente había percibido en vida una primera entrega de 502, debiendo liquidarse ahora, por tanto, los 10.348 restantes. Gould y Quincy transcribe<sup>24</sup>:

A los herederos de Diego Pérez, pintor, vecino de Murcia, por cédula de Sus Altezas fecha en Granada a veynte e uno de setiembre de mill e quinientos e un año, di[e]z mill e trescientos e quarenta e ocho maravedís que le eran devidos para cumplimiento de diez mil e ochocientos e cinquenta maravedís quel dicho Diego Pérez ovo de aver de sueldo del tiempo que servió en las Yndias el año de noventa e dos en el primer viaje que hizo el Almirante Colón, fasta quel dicho Diego Pérez faleció.

Por el contrario, sobre el trujamán Torres no consta referencia alguna en la fuente de referencia por más que corriera igual suerte que su paisano Sánchez. Bien porque los abonos pertinentes fueron hechos por el adelantado Juan Chacón, a cuyo servicio estuvo hasta el momento de su contratación y embarque, bien porque nadie reclamase por él.

Aunque las fuentes coetáneas se muestran parcas en noticias sobre el misterioso compañero de Colón en su empresa angular, habiéndose hecho toda suerte de conjeturas sobre su misión *real* en la misma, la historiografía judía actual le reivindica como conductor del nutrido grupo de marranos o conversos enrolados en la expedición, y precisando más, como "... primer europeo que pisó las playas de América"<sup>25</sup>.

### *Conclusiones*

El judío converso Luis de Torres, intérprete oficial en la primera expedición colombina, era trujamán o secretario de cartas árabes del adelantado de Murcia, Juan Chacón, en el momento de ser contratado por la Corona. Torres sería uno de los

24. Gould y Quincy. "Nueva lista...". *BRAH*, LXXXV (1924), pp. 45-46.

25. Henry A. Green. "Sefardíes en la Florida". *Maguen*, 81, 2ª época (octubre-diciembre 1991), p. 30.

treinta y nueve hombres dejados por el descubridor en el fuerte de Navidad, primer poblamiento europeo en el hemisferio occidental, compartiendo el trágico sino de aquella exigua guarnición. Personalidad enigmática, su mejor conocimiento desvelará sin duda en el futuro algunas de las numerosas incógnitas todavía por despejar en torno a Colón y su magna empresa.

### RESUMEN

Luis de Torres, judío converso, fue el intérprete oficial en la primera expedición colombina. Había sido hasta ese momento trujamán o secretario de cartas árabes de Juan Chacón, adelantado del reino de Murcia, a quien acompañó en la conquista del reino de Granada. Torres fue uno de los treinta y nueve hombres dejados por el descubridor en el fuerte de Navidad, y por tanto fundador del primer poblamiento europeo en América. Allí perecería antes del regreso del admirante. La enigmática personalidad de Torres es reivindicada por la historiografía judía actual como conductor y líder del nutrido grupo de conversos enrolados en la magna empresa del Descubrimiento.

### ABSTRACT

The converted Jew, Luis de Torres, who was the official interpreter in Columbus' first expedition, had also been Murcia Governor Juan Chacon's *trujamán* or secretary of Arab letters, with whom he took part in the conquest of Granada. Given that Torres was one of the thirty nine men, the discoverer left at Navidad Fort, he is also regarded as one founders of the first European inhabited place in America. The present Jewish historiography has approached this enigmatic figure in terms of considering him to be a guide and leader of the large group of converts enrolled in Columbus' great enterprise.